

LENGUAJE

Agustín GARCÍA CALVO

Escritor y Catedrático de Universidad

SIENDO lenguaje lo que habla de (trata de, razona sobre, describe, explica y aún pregunta por) las cosas, cuando se vuelve sobre sí mismo se da un trance singular: en tanto que es él el que está hablando, no puede propiamente hablarse de él, y si se habla de él, es que ya no es aquél que estaba hablando (no se piensa el pensamiento que está pensando; de la razón que está razonando no se razona; la palabra **rosa**, mientras está nombrando rosas, no se nombra a sí misma como cosa, y si se la nombra como cosa, en ese trance no nombra rosa ni cosa alguna). Así es que se puede hacer con el lenguaje una de dos: o bien se le toma como una cosa entre las cosas, y en ese caso, diversas disciplinas, más o menos científicas, se ocupan de él (Sociología del Lenguaje, Historia de tal lengua, Teoría del origen del lenguaje, Psicología o Neurología de los procesos o trastornos del lenguaje, Estudio del aprendizaje de la lengua por los niños, Fonética articuladora experimental o Registro acústico-electrónico de los fenómenos del habla, etc.) o bien se deja que él recoja (en grabación, en escritura, en la memoria) un tramo de lo que él mismo ha producido y, examinándolo, trate en primer lugar de tomar conciencia de los elementos, discontinuos y abstractos, que lo forman y de sus relaciones en la sucesión, y después, de los bloques de simultaneidad convencional en que se agrupan esos elementos, de los grados jerárquicos en que se encuentran ordenados esos bloques, en suma, de las relaciones lógicas entre los elementos, sus bloques y los grados de éstos, y pase, en fin, a tomar conciencia del aparato de esa producción, de los elementos matrices que en él yacen, dispuestos a reproducirse una y otra vez, de las relaciones (asociativas) en que se encuentran en él organizados, de la clasificación de los elementos y las relaciones entre las clases, de los valores con que palabras o índices

están cargados (para negación, para interrogación, para mostración, para cuantificación, para significación, con el campo aparte de los Nombres Propios, o para indicación sintáctica) y de las reglas establecidas en el aparato para regir el uso de los elementos o sus clases en la producción: esa operación, en sus tres fases, es lo que se llama con propiedad Gramática; la cual no es, por tanto, una actividad científica propiamente, puesto que en ella el (meta)lenguaje no se refiere a ninguna realidad exterior a él, sino que se dedica al descubrimiento de sí mismo, esto es, a descubrir, poner en conciencia y en palabras, lo que cualquiera que hable sabe sin darse cuenta de que lo sabe (cuando la Gramática del gramático, en vez de limitarse a descubrir la gramática de la lengua, añade alguna idea o teoría acerca de ella, eso es el error y fracaso de la Gramática, lo que con precisión llamamos pedantería).

Pues el lenguaje se encuentra en los hablantes recluido en una región que puede bien llamarse subconsciente, en cuanto el término se aplique precisamente al lugar donde están las cosas que se han sabido y se han olvidado-de-conciencia, no ya sólo por censura, como en el tipo de subconciencia descubierto por S. Freud, sino también por conveniencia técnica, para su mejor operación. Es esa región el dispositivo para las producciones propiamente dichas automáticas (como danzar, tocar la guitarra, escribir a máquina, también leer); sólo que todas ellas son posteriores a y presumiblemente constituidas sobre el modelo del lenguaje, antes de cuya adquisición no puede hablarse de subconsciencia ni de operaciones automáticas aprendidas.

El aparato de la lengua, pues, y sus reglas de producción son ajenos a la conciencia y por tanto a la voluntad, lo mismo de un hablante individual que de entidad social (política o cultural) ninguna. Precisamente porque el hablante tiene toda su atención en hacer con el lenguaje alguna cosa, debe estar despreocupado de la producción de su lenguaje. No es el lenguaje un hecho cultural, precisamente porque todos los hechos culturales, y sociales en general, se realizan por medio del lenguaje.

Hay ciertamente grados de subsunción (en lo subconsciente) de las varias partes del aparato de la lengua: a grandes rasgos, puede reconocerse que el sistema de fonemas o el arsenal de índices (prosodias, reglas de orden, desinencias y aun partículas) yacen en la capa más profunda; que hay ciertos índices o normas que, en parte justamente por estar menos fijos o en trance de mutación, se encuentran algo más cerca del nivel consciente (p. ej. en español, los usos de **le** o **la** para el Dativo, la norma de orden «**se me** y no **me se**»);

que más superficiales están aún algunos rasgos de los que no interesan directamente a la gramática, sino que son más bien opciones o costumbres («estilo»), como las formas de realización de las entonaciones de frase (no las entonaciones mismas), que así pueden reconocerse («acento») como características regionales o de nivel social, o ciertos tics sintácticos que son por ello mismo objeto de modas o marcas de grupo social también; y que, en fin, en el nivel más superficial y cercano a conciencia está el vocabulario semántico (no las otras palabras, como negación, interrogativos, mostrativos o cuantificadores, que pertenecen al nivel profundo de los índices) y los Nombres Propios.

Sólo en estos últimos niveles, que son relativamente ajenos al corazón y sistema de la gramática de las lenguas (y de la lengua) y que están cerca de ser cultura (bien puede decirse que cultura y vocabulario semántico con Nombres Propios son la misma cosa), pueden individuos (p. ej. poetas) o instituciones (p. ej. Academias o técnicas de publicidad) ejercer algún influjo o manipulación; pero no en lo esencial del aparato de la lengua, del que los individuos (ni por tanto sus grupos organizados) normalmente no tienen conciencia (cuando hay algún atisbo de conciencia, como en los casos de etimología popular, se trata usualmente de vocabulario), salvo que se vuelvan gramáticos (esto es, «como niños», en cuanto se supone en el primer aprendizaje un momento de conciencia de la lengua, que sería la creación de la conciencia misma), en caso de que entienda la Gramática su operación como mero descubrimiento de lo sabido por cualquiera y olvidado; que no ha sido tal el caso muchas veces en la tradición de los estudios gramaticales, que han pretendido volverse normativos (mandar donde no puede mandar nadie) y han llegado a producir alteraciones (pedantería en el sentido dicho), aunque relativamente superficiales, p. ej., al hacer pronunciar **exacto** como **eksacto** o al dar reglas sobre la multiplicación de los Gerundios; cosas que suelen alcanzar a una cierta capa de población, culta o preocupada de cultura, sensible a la autoridad de tales ingerencias.

Es de tener en cuenta a tal propósito que la escritura, a diferencia del lenguaje, sí que es un hecho de cultura (el primero, puede decirse, siguiendo la tradición que pone en ella el comienzo de la Historia), y que es ella precisamente el primer acto gramatical o de vuelta a conciencia de algunos hechos de la lengua (para las escrituras ideográficas, sobre los elementos del nivel 'palabra'; para las alfabéticas, sobre los del nivel 'fonema'); y la escritura, como hecho cultural, sí que admite manejo de individuos o instituciones, p. ej. en la adopción de tal o cual sistema gráfico, o en las reglas de ortografía, que

a menudo abandonan la fidelidad gramatical para caer en pedantería (así, en español, como ya en latín, la regla de escribir **M** ante labiales, con atención pedante al sonido y con ignorancia de las reglas de neutralización condicionada de oposiciones entre fonemas). Sólo que, a través de la escritura, el influjo sobre el lenguaje mismo puede llegar a ser considerable: p. ej., la pronunciación de latinismos a lo largo de los cinco últimos siglos ha llegado de hecho a influir de veras en ciertas normas de combinación fonémica del español de hoy día.

Otra cosa es que, en el caso extremo, una lengua en bloque puede resuscitarse de la escritura y reconvertirse en lengua viva, como en el caso eximio del hebreo tras el establecimiento del estado de Israel, y más inciertamente en otros procesos de imposición rápida de lenguas nacionales, donde el libro y la escuela preceden, con inversión del orden, a la práctica de la lengua viva.

Nada de esto, sin embargo, amengua la evidencia de la inasequibilidad del aparato y mecanismos de una (y de la) lengua a los manejos de individuos o sociedades: la reclusión a lo subconsciente es una necesidad para el funcionamiento; y por tanto, la lengua no es de nadie, en el sentido de que es para cualquiera: la más flagrante aparición empréctica del hecho es que el índice **YO**, así como apunta, en el mundo en que se habla, a cualquiera que esté hablando, así no designa, en el mundo de que se habla o Realidad, a ninguno en particular ni le pertenece.

Esto plantea la cuestión que puede doblemente enunciarse como «Dónde está la lengua» (o sea, por lo ya dicho, en qué manera de subconsciencia) o como «Cual es el sujeto de la lengua», es decir, qué especie de senado es ése que detenta el tesoro y mantiene en vigor las reglas de la lengua, o que también decide el cambio de reglas o la reestructuración de partes del sistema. Que ese lugar o el tal sujeto no puede ser nada consciente o voluntario ya se ha visto; pero ello implica también que no puede tratarse de un individuo ni de un conjunto de individuos. Las palabras 'pueblo' o 'gente' aluden vagamente a ese lugar; pero, en cualquier caso, debe tenerse bien presente que condición mínima de esa gente o pueblo ha de ser que no consiste en un número de personas, sino en una pluralidad (e. e. no-singularidad) numéricamente indefinida. Sólo en la medida en que, tomada desde fuera como cosa o manipulada en su superficie, se ve una lengua sometida a las instancias superiores (conciencias, voluntades y por ende autoridades) puede servir la lengua a caracterizar personas o conjuntos, sociales o nacionales, computables.

Con esa cuestión se enlaza también la de 'natural' o 'convencional' para la lengua; que, aunque más directamente se plantea para la aparición de la lengua en un individuo (aprendizaje o asimilación de convenios establecidos en la sociedad en la que nace frente a posesión innata de un órgano lingüístico, lo cual en la imaginería científica al uso implica inserción en el código genético y conformación nativa de regiones del organismo, vocales o cerebrales), no puede menos de reflejarse en una consideración filogenética sobre el desarrollo de una lengua y su «nacimiento» a partir de otra, y en definitiva sobre el origen del lenguaje: evolución de gritos naturales o, por el contrario, rotura de lo natural por el establecimiento, legal, por así decir, de una convención de habla y de gramática; por más que esta segunda hipótesis implique que, no habiendo un órgano legal previo, ese establecimiento de la lengua es a la vez la creación del órgano, el primer acto de convención o ley; de una manera, por lo demás, análoga a como el aprendizaje de la lengua en un niño tiene que suponerse consciente, a la vez que eso significa la primera aparición de la conciencia.

En cuanto a la entrada de un niño en la lengua (de la lengua en un niño), las observaciones del lenguaje infantil muestran, antes que nada, que cualquier niño es capaz de adquirir cualquier lengua como materna o primera (y que es también dable el aprendizaje de dos o más simultánea— o como simultáneamente). Otros estudios igualmente científicos o externos se vienen haciendo con creciente abundancia y finura: el de las alteraciones, especialmente traumáticas, del habla (afasias) revela, por un lado, que hay regiones del cerebro (normalmente en torno a la temporal izquierda) de las que puede precisarse alguna relación con determinados sectores del aparato gramatical (aunque no se haya llegado ni mucho menos a grandes precisiones en una localización correspondiente a una descripción por vía gramatical de los elementos y mecanismos del sistema) y, por el otro lado, que sin embargo ciertos deterioros pueden, más o menos bien, repararse por desarrollo de capacidad en otras regiones del cerebro, al quedar destruidas las normales. Por otra parte, la atención a las escasas incidencias de niños perdidos de la sociedad en edad temprana y que han vivido solos o entre animales largo tiempo parece revelar que la capacidad lingüística, pasada una cierta edad, se cierra, y ya no se puede aprender a hablar. En fin, los experimentos realizados estos últimos decenios para enseñar a chimpancés algún lenguaje (naturalmente, manual) han tenido un relativo éxito, mostrando que alguna manipulación de signos no insertos en la natura del animal (como hay que suponer, por ejemplo, de los

de la danza de la abejas) pueden sin previa preparación orgánica, por imitación humana, imponerse en monos especialmente hábiles o inteligentes; no, por cierto, la capacidad de abstracción, que parece ser fundamental para el lenguaje; por lo cual también las tentativas de recepción auditiva de lenguaje por parte de autómatas (que requiere abstraer fonemas del sonido) quedan condenadas a un éxito extremadamente escaso.

En todo caso, la consideración más interna del lenguaje (teoría de gramáticas en el sentido de N. Chomsky y estudios comparativos del estilo de la recogida de universales o de la tipología de las lenguas) han venido revelando que aquello que nos vemos obligados a reconocer como capacidad innata para la adquisición de cualquier lengua debe coincidir con una gramática general, la cual ha de esperarse que aparezca en la comunidad de rasgos de todas las lenguas (sólo que «todas» es inasequible al estudio externo, que ha de operar siempre por inducción incompleta o paso al límite, como cualquier ciencia) y no menos a través de las diferencias de sus tipos. Algunos de los rasgos comunes de las lenguas son harto evidentes (y pueden por ello mismo estimarse como triviales): el sistema de la lengua no es un conjunto simple de signos sólidos cargados de su valor para el sentido de la frase que se produzca (como lo que una escritura ideográfica representaría), sino que se establece en doble plano, el de los fonemas y el de las palabras y otros índices; la aplicación del aparato a la producción se hace por medio de una instancia de organización, en que índices y palabras se agrupan en relaciones de jerarquía o dependencia (la cual instancia de organización es instantánea, así como el sistema es eterno, a diferencia de la producción, donde se funda lo que los hombres llaman tiempo): el aparato de índices y palabras (ideales) está clasificado siempre en cinco grandes clases (negación; interrogativos; mostrativos, personales y no personales; cuantificadores, indefinidos y definidos, de los cuales últimos se desarrolla en algunas lenguas la serie de los números; y palabras con significado, quedando los Nombres Propios medio fuera del sistema); en lo que toca al orden temporal de producción (en el que los estudios de universales y tipológicos se han centrado mucho indebidamente, por la creencia, que también las Gramáticas transformacionales padecen, de la universalidad de cosas como 'Verbo' o 'Sujeto', que sin duda no merecen tal consideración), parece también general la tendencia a que una intercalación de un tramo de producción dentro de otro corresponda con una relación jerárquica en que lo incluido depende de lo que lo incluye.

Pero rasgos más particulares van apareciendo (por ejemplo, el uso de ciertos esquemas entonativos para indicación del final de la frase o de sus comas y de las modalidades de la frase: como se manifiesta en que por esos criterios de entonación puedan reconocerse, oyendo una lengua desconocida, muchas de las divisiones y modalidades de las frases), y seguramente aparecerán con precisión mayor, como constitutivos de esa gramática general que, por ejemplo, cada niño debe traer al mundo, a modo de trama sobre la que aprender cualquier idioma.

Se refiere lo dicho a las llamadas lenguas naturales: las artificiales o formales, no es que queden propiamente excluidas de esas condiciones generales, sino que consisten en un desarrollo de parcelas o extractos del aparato general (aparte de que todas ellas han de ser primariamente escritas, e. e. culturales o conscientes en principio, según la precisión que se ha hecho más arriba), de tal manera que en ellas se suprimen en general los elementos mostrativos (se excluye la referencia al mundo en que se habla, para tratar sólo del mundo de que se habla) y en rigor también las modalidades de frase que no sean la predicativa (las lenguas formales sirven para la función de decir tan sólo, no para las de llamar, mandar, maldecir, etc.: lo más, puede decirse que la de preguntar está significada en cosas como las incógnitas del Álgebra), mientras que o bien se practican limitaciones en el vocabulario semántico (que en las naturales es el lado infinito o no cerrado del sistema, y por ende motivo de la inestabilidad perpetua de las lenguas), el cual resulta finito, como en el repertorio de seres de una Geometría, p. ej. la de Euclides, o bien se trata el sector de los cuantificadores (los definidos, desarrollados como serie de los números) como si ellos (los números mismos, o entidades numéricas como conjuntos, clases o grupos operacionales) ocuparan el lugar de los elementos semánticos que faltan (p. ej. '3' no es ya un índice, sino una cosa).

En cuanto, en fin, a la cuestión del origen del lenguaje (histórica- o prehistóricamente «en el tiempo»), no es que sea meramente una cuestión imposible por enormidad cuantitativa (p. ej. «500.000 años»), sino imposible en sí misma de poderse plantear sin contradicción: pues tal cuestión, así planteada, no puede ser más que una cuestión científica, e. e. referente a la Realidad: ahora bien, en el sentido que decíamos al principio de este artículo, el lenguaje no puede tratar científicamente de sí mismo sin pasar a ser lo que no era: lenguaje es la Ciencia, y la Realidad está también constituida por el lenguaje.

NOTA: Este artículo va a ser incluido en un *Diccionario de términos científicos y sociológicos*, que prepara la Facultad de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.